

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

Del 1 al 10 de noviembre de 2019

MD 2019 / 14

LA MUJER ORANTE DE SALES

Es la que se reproduce en la fotografía que acompaña este artículo. En unas excavaciones que se hicieron bajo el presbiterio de la ermita de la Virgen de Sales, de Viladecans, una población cercana a Barcelona, se encontró, a trozos, la escultura de una mujer orante, datable hacia el siglo XV. Convenientemente restaurada, la escultura está depositada en el museo de Viladecans.

¡Lástima que la foto no permita apreciar toda la belleza de la escultura. A mí, desde luego, me gusta mucho. Es una escultura sencilla, de un estilo entre gótico y renacentista, pero que está hecha, diría yo, con mucho cariño: la cara menuda, la cabellera larguísima, los pliegues del vestido... Y lo que sigue siendo un misterio es como fue a parar allí. ¿Quién debió encargar una escultura así para una ermita que no tenía especial relevancia? Eso, en cualquier caso, para mí le da más valor.

Esta escultura es un signo de una fe vivida en una determinada época. Recordemos la primera orante conocida: la de las catacumbas de Priscila, con las manos alzadas. O el orante de Sant Quirze de Pedret. O los guerreros arrodillados sobre sus sepulcros. Es la misma oración, expresada de maneras muy distintas.

A mí, esto me hace pensar en nuestro lenguaje litúrgico. ¿No debería ser más bien un lenguaje propio de nuestra época, y no unos textos escritos hace siglos y que ya no expresan la manera como ahora vivimos la fe?

JOSEP LLIGADAS

Todos los santos
Fieles difuntos

D. 31 del tiempo ordinario / C

D. 32 del tiempo ordinario / C



EL PADRENUESTRO

Los ritos de la Comunión empiezan prolongando la alabanza y la súplica de la Plegaria eucarística con el rezo comunitario del «Padrenuestro». Esta no es una de las muchas oraciones cristianas, sino que es la oración de los hijos de Dios: es la gran oración que nos enseñó Jesús. De hecho, entregado el día de nuestro bautismo, el «Padrenuestro» nos hace resonar en nosotros esos mismos sentimientos que estaban en Cristo Jesús. Cuando nosotros rezamos el «Padrenuestro», rezamos como rezaba Jesús. Es la oración que hizo Jesús, y nos la enseñó a nosotros; cuando los discípulos le dijeron: «Maestro, enséñanos a rezar como tú rezas». Y Jesús rezaba así. ¡Es muy hermoso rezar como Jesús! Formados en su divina enseñanza, osamos dirigirnos a Dios llamándolo «Padre» porque hemos renacido como sus hijos a través del agua y el Espíritu Santo (cf. Ef 1,5). Ninguno, en realidad, podría llamarlo familiarmente «Abba» —«Padre»— sin haber sido generado por Dios, sin la inspiración del Espíritu, como enseña san Pablo (cf. Rom 8,15). Debemos pensar: nadie puede llamarlo «Padre» sin la inspiración del Espíritu. Cuántas veces hay gente que dice «Padre Nuestro», pero no sabe qué dice. Porque sí, es el Padre, ¿pero tú sientes que cuando dices «Padre» Él es el Padre, tu Padre, el Padre de la humanidad, el Padre de Jesucristo? ¿Tú tienes una relación con ese Padre? Cuando rezamos el «Padrenuestro», nos conectamos con el Padre que nos



ama, pero es el Espíritu quien nos da ese vínculo, ese sentimiento de ser hijos de Dios.

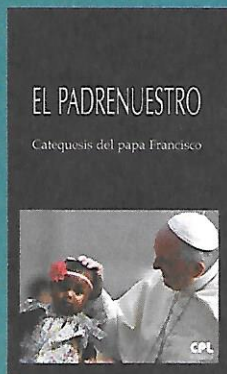
¿Qué oración mejor que la enseñada por Jesús puede disponernos a la Comunión sacramental con Él? Más allá de en la misa, el «Padrenuestro» debe rezarse por la mañana y por la noche, en los Laudes y en las Vísperas; de tal modo, el comportamiento filial hacia Dios y de fraternidad con el prójimo contribuyen a dar forma cristiana a nuestros días.

En la oración del Señor —en el «Padre nuestro»— pedimos el «pan cotidiano», en el que vemos una referencia particular al Pan Eucarístico, que necesitamos para vivir como hijos de Dios. Imploramos también el «perdón de nuestras ofensas» y para ser dignos de recibir el perdón de Dios nos comprometemos a perdonar a quien nos ha ofendido. Y esto no es fácil. Perdonar a las personas que nos han ofendido

no es fácil, es una gracia que debemos pedir: «Señor, enséñame a perdonar como tú me has perdonado». Es una gracia. Con nuestras fuerzas nosotros no podemos: es una gracia del Espíritu Santo perdonar. Así, mientras nos abre el corazón a Dios, el «Padrenuestro» nos dispone también al amor fraternal. Finalmente, le pedimos nuevamente a Dios que nos «libre del mal» que nos separa de Él y nos separa de nuestros hermanos. Entendemos bien que estas son peticiones muy adecuadas para prepararnos para la Sagrada Comunión (cf. *Ordenación General del Misal Romano*, 81).

Fragmento de la catequesis sobre la misa pronunciada por el papa Francisco en la audiencia general del 14 de marzo de 2018

Próximamente el CPL publicará las 16 catequesis sobre el *Padrenuestro* que el papa Francisco pronunció en las audiencias generales de los miércoles del 5 de diciembre de 2018 al 22 de mayo de 2019



LA LITURGIA Y LA BELLEZA DE DIOS



(Fragmentos de la carta para Cuaresma y Pascua 2019,
por Bruno Forte, arzobispo de Chieti-Vasto)

1. La liturgia, oración trinitaria

Lo específico de la oración litúrgica es ser oración trinitaria: en el Espíritu del Hijo la comunidad que celebra se dirige al Padre, y es del Padre por el Hijo que todo don perfecto le es ofrecido en el Consolador. Por eso, las oraciones litúrgicas concluyen con la fórmula, trinitaria, dirigida al Padre por Cristo en el Consolador. En la oración litúrgica el cristiano experimenta la filiación divina, porque no está ante Dios como un extraño, sino que participa en la vida trinitaria en el Espíritu, como hijo en el Hijo: «Dios envió a nuestros corazones el Espíritu

de su Hijo, que clama: «¡Abba, Padre!» (Ga 4,6; cf. Rom 8,15). La liturgia representa la puerta de entrada de la comunidad celebrante en la Trinidad divina y de Dios en el corazón del que ora: en ella «el frágil vaso de las palabras humanas contiene el diamante infrangible de la divinidad» (Pavel A. Florenskij). En la escuela de liturgia se comprende por qué orar, para el cristiano, no es orar a un Dios, sino orar en Dios: en el Espíritu, por el Hijo la oración litúrgica va al Padre, del cual, por Cristo en el Espíritu, es ofrecida a los hombres la participación salvífica a la naturaleza divina.



5. Donde Dios tiene tiempo para el hombre, para que el hombre tenga tiempo para Dios

La liturgia es, pues, el lugar donde la Trinidad entra en las humildes historias de la existencia humana y estas pueden ser acogidas en el misterio de amor de las relaciones divinas. La liturgia genera y alimenta la vida conforme al Evangelio, donde el hombre tiene tiempo para Dios, porque Dios ha tenido tiempo para el hombre: de aquí nace el testimonio de aquellos que –renovados por el amor– cantan con la vida el cántico nuevo del agradecimiento y de la alabanza. En esta luz se comprende por qué la liturgia es cumbre y fuente de toda la vida de la Iglesia (cf. *Sacrosanctum Concilium*, 10) y cuan importante es que la celebración litúrgica se viva bien. Con esta finalidad, invito a cada comunidad parroquial a constituir un grupo de animación litúrgica y a formar referentes, que no solo cuiden la celebración, sino que promuevan también la comprensión lo más amplia posible del lenguaje de los signos, del cual la liturgia es tan rica. Los espacios litúrgicos –altar, ambón, sagrario,

sede, baptisterio, confesionario, etc.– sean tales que favorezcan el ejercicio del ministerio que les es conexo y recuerden la importancia para la vida de los fieles. La Delegación diocesana de pastoral litúrgica ofrecerá ocasiones para profundizar y cursos de formación adecuada con la finalidad de favorecer la participación activa de los fieles a la oración litúrgica. De un modo similar, que se dé la necesaria atención al canto litúrgico, voz de la Iglesia Esposa que celebra al Esposo, animando la participación a las iniciativas de la Escuela diocesana de música y canto sagrado. Que se promueva un canto rico en los contenidos y que el mayor número posible de fieles se lo haga suyo, dando voz a la propia fe en la comunidad celebrante. Todo el dinamismo trinitario de la liturgia, recordado en estas reflexiones, se resume en la oración de alabanza («doxología»), cantada como conclusión del canon eucarístico. Terminó, pues, esta carta con las palabras que la forman: «Por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén».

REZAR CON MI RESPIRACIÓN

La respiración es un acto tan natural... que raramente le prestamos atención. Y, sin embargo, puede convertirse en un lugar de comunión con el Señor. Por lo que he aquí algunas pistas para rezar.



¿Dónde? En casa, en una iglesia... en cualquier parte. **¿Cuándo?** Cuando se quiera... **¿Duración?** 15 minutos o más...

Por lo que respecta al momento de oración:

- ◆ Decido un momento, una duración, un lugar.
- ◆ En el momento adecuado, me dispongo ante el Señor, tomando conciencia de su presencia junto a mí.
- ◆ Escojo una de las tres pistas propuestas. Después expreso a Dios lo que deseo: ser plenamente consciente de la respiración que me es dada.



Pista 1. Caminar al ritmo de mi respiración

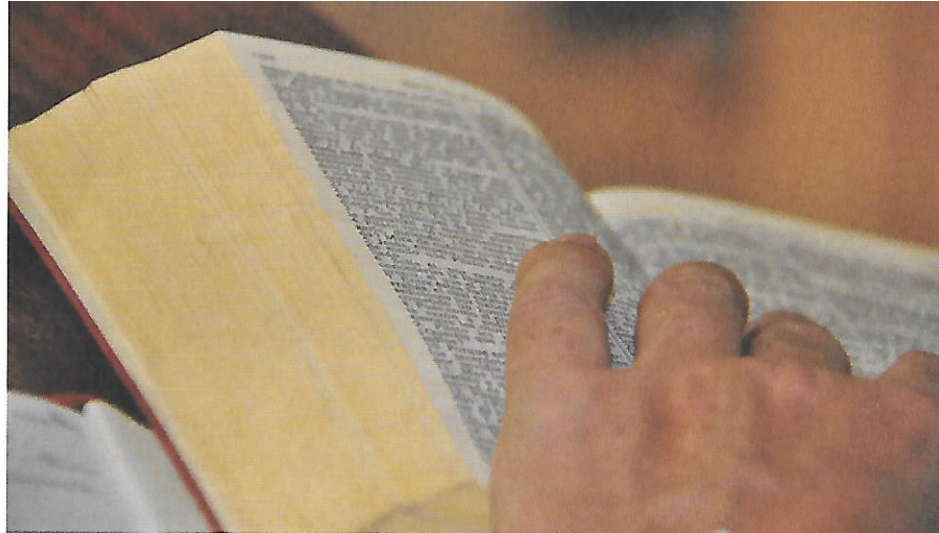
Raramente caminamos al ritmo de nuestra respiración. A menudo nos ocurre lo contrario: nuestra respiración se adapta a nuestro ritmo. Si camino rápidamente, mi respiración será brusca y si camino más lentamente, será más tranquila.

- ✧ Para vivir este tiempo con el Señor, elijo respirar tranquilamente allí donde estoy y presto atención al ritmo de mis inspiraciones y espiraciones.
- ✧ Una vez soy consciente de este movimiento rítmico en mí, comienzo a caminar asociando el ritmo de mi respiración con el de mis pasos, por ejemplo inspirando y después espirando cada tres pasos.

Después de unos minutos de caminar, ¿qué efecto se ha producido en mí? ¿Me ayuda a ser más consciente de lo que me rodea?

- ✧ Una vez en este ritmo, puedo girarme hacia el Señor y pedirle una gracia: por ejemplo, que su presencia se arraigue en mí en cada uno de mis pasos en la tierra o que su espíritu me penetre más a cada inspiración...

¿Qué quiero decir al Señor?



Pista 2. La Palabra a merced de mi respiración

En los Ejercicios Espirituales, san Ignacio invita a rezar al ritmo de la respiración.

- ◇ Empiezo escogiendo la oración con la que quiero vivir estos momentos. Puede ser la oración del Señor, el Padrenuestro, o algunos versículos del evangelio...
- ◇ Comienzo respirando tranquilamente allí donde esté; presto atención al contacto de mi cuerpo con lo que le da apoyo, siento que la respiración me recorre, mis músculos se relajan gradualmente...
- ◇ Una vez fijado el ritmo de la respiración, empiezo a decir internamente, entre cada inspiración, una palabra de la oración escogida. Dejo que esta palabra se adentre en mí según el ritmo de inspiración y espiración; contemplo el significado de esta palabra, lo que evoca y me dice hoy.
- ◇ Avanzo en la oración lentamente, sin intentar llegar al final del texto que me he propuesto. Dejo que el Señor me hable a través de las palabras lentamente repetidas, inculcadas, grabadas en mí.

Al final del tiempo que me he dado para la oración, hablo al Señor de lo que vive en mí.

Pista 3. Pedir el aliento

En nuestra vida trepidante, a veces perdemos el aliento... ¿Acaso no nos sentimos a veces asfixiados entre dos actividades, o dos viajes? Es una buena oportunidad para abrir nuestros pulmones girándonos hacia Aquel que es el Aliento de vida.

Cuando me doy cuenta de que «me falta el aire»:

- ◇ Un breve momento es suficiente para respirar profundamente recordando al Dios Creador que ha puesto en mí su aliento de vida.
- ◇ Le pido que amplíe mi respiración y lo invito a entrar en mí.
- ◇ Inspiro profundamente tres o cuatro veces y, al acoger el aire que entra en mis pulmones, opto por hacer un acto de fe en el Dios creador que desea vivir y «respirar» en mí.

De vez en cuando, durante la semana, o bien al final del día:

- ◇ Releo los momentos en los que, después de haberme quedado sin aire, me he abierto al Aliento vivificador del Señor.

¿Qué palabras, qué acciones de gracia nacen en mí?



EL GESTO PROFÉTICO DE JESÚS EN LA ÚLTIMA CENA

Con un gesto profético, Jesús reúne a los Doce, símbolo de las tribus del pueblo santo reunido como pueblo de los pueblos, y les ofrece una cata del banquete del Reino (Lc 22,14-18.29-30). Y se despidе de ellos, ofreciéndoles una nueva alianza *sellada en su sangre* (Lc 22,20); pero también se despidе lavándoles los pies (Jn 13,2-7), como signo de su amor hasta el extremo (Jn 13,1).

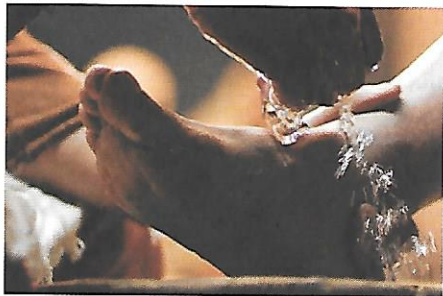
La alianza de Dios con toda la humanidad *está sellada en su sangre* (muerte sacrificial) de su Hijo. De ahora en adelante, se establece una nueva relación que no pasa por el Templo, ni por los sacrificios y oblaciones (Jn 2,19-22), sino por el servicio humilde basado en el amor. Por un cuerpo entregado por amor al servicio de reunir a la humanidad en una fraternidad y de restablecer la creación como Reino de Dios (Is 11,1-10; 65,16b-25).

Precisamente el Cristo de *Hebreos*, entrando en el mundo, pronuncia un fragmento del Salmo 40,7-9, modificándolo intencionadamente: «Por eso, al entrar él en el mundo dice: “Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste

un cuerpo; no aceptaste holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije: He aquí que vengo –pues así está escrito en el comienzo del libro *acerca de mí– para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad”*» (Heb 10,5-7). La voluntad del Padre es la oblación del Cuerpo de Cristo, una vez por siempre (Heb 10,10), un cuerpo entregado por amor, un cuerpo que ha derramado sangre para sellar una alianza que no excluye a nadie.

La relación con Dios Padre, que se establece en esta alianza sellada en la cruz, es una relación filial en su Hijo Jesús: *Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro* (Jn 20,17). Es la actualización de la alianza prometida a Israel: *Pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo* (Jr 31,33).

Es interesante comprobar que, a pesar de no narrar el gesto profético de la Última Cena, el autor del *escrito a los Hebreos* mezcla el ritual sinaítico de la Alianza (Ex 24) con el ritual del *Día de la Expiación* (Lv 16). Así la nueva alianza se relata en Heb 9,1-20, y la remisión de los pecados, con el precio de la sangre derramada en la cruz, en Heb 9,24-28. La muerte en la cruz de Jesús no es accidental, sino el acto supremo de su vida mortal, voluntariamente aceptada y ofrecida a Dios por los humanos. Para comprender la eficacia de este acto a los ojos de Dios, no se puede separar de la resurrección. En efecto, por su triunfo sobre la muerte y su acceso al «santuario celestial», al que ha entrado *una-*



vez-para-siempre, ha quitado el pecado de todos (Heb 9,24-28) y ha sellado la nueva alianza. La muerte de Jesús tiene un valor sacrificial: *Con una sola ofrenda ha perfeccionado definitivamente a los que van siendo santificados* (Heb 10,14). En definitiva, la muerte de Jesús es presentada como sacrificio de la alianza y sacrificio de remisión de los pecados, como ofrenda de sí mismo por la salvación de los humanos. La voluntad del Padre es *la oblación del Cuerpo de Jesucristo, hecha una-vez-para-siempre* (Heb 10,10). Es un gesto de amor de Dios que no quiere excluir a nadie (Jn 3,16; Lc 15). Y la respuesta al amor de Dios es la fe.

La comensalidad de la Última Cena, manifestada en el gesto del lavatorio de pies y en el pan partido y la copa compartida, refuerza la fraternidad hacia los que no cuentan y sobran. La comensalidad estalla en solidaridad, sobre todo hacia los que el Deuteronomio y el Levítico prescriben ayudar: el extranjero, la viuda, el huérfano, el obrero (Dt 24,12-15.17-22; Lv 19,9-10.33; 23,22), a los que se añadirán el prisionero, el enfermo, el transeúnte. Ahora se entiende la reacción de Pablo ante las celebraciones de la Eucaristía de los de Corinto (1Co 11,17-22.33-34). Otros ven también una alusión a esta práctica de solidaridad eucarística en el cuarto evangelio cuando nota: *Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba [...] dar algo a los pobres* (Jn 13,29). Desde sus orígenes hasta hoy, la Eucaristía dominical sigue siendo el momento en que la comunidad cristiana reunida se sensibiliza sobre el sufrimiento de gran parte de la humanidad y ofrece el propio óbolo.

El simbolismo del lavatorio de los pies, signo de la hospitalidad y del servicio, fundamenta la comunidad eclesial como servidora y *hospital de campaña* (expresión del obispo de Roma Francisco). En palabras del fundador del Prado Antoine Chevrier: *convertirse en pan para el pueblo*, especialmente para los pobres (*Constituciones de la Asociación de Presbíteros del Prado*, 11). El amor hasta el extremo de los discípulos se tiene que hacer efectivo, y apunta al ejemplo de lavarse los pies unos a otros. La Iglesia se construye cuando, los que formamos parte del único Cuerpo de Cristo, somos buen pan para los demás, sobre todo para los que sobran y los excluidos por el poder del Dinero, por el capitalismo. Muy cierto: *no podemos servir a Dios y al dinero* (Mt 6,24 par. Lc 16,13).

En definitiva, si queremos captar la verdad del don de Jesús en la Eucaristía y en el lavatorio de los pies (mismo y único don), no podemos ignorar ninguna forma de *comunión*. Jesús no otorga el don de la vida plena, que es participación de la vida divina (2Pe 1,4), que es ser hijos e hijas de Dios en el Hijo Jesucristo. Precisamente uno de los elementos clave de la venida de las realidades últimas es la reunión de todos los pueblos *ἐπὶ τὸ αὐτό* (*en bloque, en un mismo lugar*: Hch 1,15; 2,1.47; 1Co 11,20; 14,23) alrededor del Mesías crucificado resucitado, para que se realice la salvación (Jn 3,17) y se establezca el Reino de Dios. Esta es la misión de Jesús y de la Iglesia, la de reunir a todos los pueblos y los hijos de Dios dispersos (Jn 11,52).

JAUME FONTBONA

Llamados a ser santos y santas

Por Bernabé Dalmau, a partir de la exhortación apostólica «Gaudete et exsultate» del papa Francisco

Vivir en comunidad los pequeños detalles

La vida comunitaria, sea en la familia, en la parroquia, en la comunidad religiosa o en cualquier otra, está hecha de muchos pequeños detalles cotidianos. Esto ocurría en la comunidad santa que formaron Jesús, María y José, donde se reflejó de manera paradigmática la belleza de la comunión trinitaria. También es lo que sucedía en la vida comunitaria que Jesús llevó con sus discípulos y con el pueblo sencillo.

Recordemos cómo Jesús invitaba a sus discípulos a prestar atención a los detalles.

- El pequeño detalle de que se estaba acabando el vino en una fiesta.
- El pequeño detalle de que faltaba una oveja.
- El pequeño detalle de la viuda que ofreció sus dos moneditas.
- El pequeño detalle de tener aceite de repuesto para las lámparas por si el novio se demora.
- El pequeño detalle de pedir a sus discípulos que vieran cuántos panes tenían.
- El pequeño detalle de tener un fuego encendido y un pescado en la parrilla mientras esperaba a los discípulos de madrugada.

La comunidad que preserva los pequeños detalles del amor, donde los miembros se cuidan unos a otros y constituyen un espacio abierto y evangelizador, es lugar de la presencia del Resucitado que la va santificando según el proyecto del Padre. A veces, por un don del amor del Señor, en medio de esos pequeños detalles se nos regalan consoladoras experiencias de Dios (*Gaudete et exsultate* 143-145).



La Iglesia, o es una familia o no es nada. Y los cristianos no se pueden excusar diciendo que hoy no tenemos modelos de familia porque hemos superado la familia patriarcal o hay nuevos modelos de familia. En realidad, sabemos cuáles son los valores perennes de la familia. Solo hay que ponerlos en práctica y nuestro entorno cambiará.

ESTAMOS HECHOS PARA LA VIDA

Dios se hace presente en nuestras vidas de muchas maneras; quien más, quien menos, todos lo hemos experimentado, pero hay momentos en que Dios se hace más densamente presente mostrando su gloria. Sí, Dios se hace presente en las situaciones más paradójicas, incluso en la más paradójica de todas: la muerte. A través de la muerte estamos llamados a manifestar la gloria de Dios, no mediante palabras que no consiguen expresarla, sino a través del mismo acontecimiento asociado al momento en que Cristo se entregó al Padre por nosotros. En nuestra muerte, el Padre ve la muerte del Hijo; por eso este hecho adquiere un relieve especial.

Según el evangelio de Juan, la resurrección de Lázaro ya apunta hacia la mañana del domingo de Pascua. Cuando Marta le dice a Jesús que ya sabe que su hermano resucitará el último día, Jesús corrige esta idea tradicional de la resurrección, común entre los fariseos. Él viene a darnos una vida que anula el carácter catastrófico de la muerte. Nadie

puede librarse de morir, ni el propio Jesús, pero al sacar la lápida sepulcral desaparece la frontera entre muertos y vivos. La lápida escondía la presencia de la Vida más allá de la muerte. Por eso las mujeres encontrarán la piedra movida al amanecer del domingo.

¡Yo soy la resurrección y la vida! Quiere decir que la vida ya está, presente ahora y aquí, no es algo futuro ni lejano. No es necesario esperar la muerte para vivir la vida. Celebrar la comunión con los que nos han precedido significa ver la frontera de la muerte como una invitación a vivir con sentido nuestra existencia. Solo sabiendo que morir no significa dejar de vivir, la comunidad de Juan pudo dar la vida como lo hizo Jesús para recobrarla de nuevo. El servicio a los hermanos por amor es garantía de vida. Como dice Pedro Casaldàliga: «Al final del camino me preguntarán: ¿Has vivido? ¿Has amado? Y yo, sin decir nada, abriré el corazón lleno de nombres». Porque la verdadera muerte no consiste en dejar de vivir, sino en dejar de amar.

MARIA CLAUSTRE SOLÉ

Centre de Pastoral Litúrgica

Nàpols 346, 1 - 08025 Barcelona

933 022 235 cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa 619 741 047

Director de la publicación: Xavier Aymerich

Año LI

Subscripción anual: 80,50 €

Precio de cada ejemplar: 5,00 €

Imprenta: Agpograf

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975